



LA IMAGEN CALCINADA

Gerardo Cerdas Vega


LA IMAGEN CALCINADA

Colección CIGARRA

Diseño de Portada: Manrique Páez

LA IMAGEN CALCINADA

gerardo cerdas vega

editores  alambique

Edición aprobada por la Comisión Editorial de Editores Alambique.

EDICIÓN: Manuel Arce, Manrique Páez y Jorge Arturo.

861.44.

C413i Cerdas Vega Gerardo, 1974 —
La Imagen Calcinada / Gerardo Cerdas V.
—1.ed.— San José, C.R.:Editores Alambique, 1997.
55 págs.; 21,5 x 14 cms.— SERIE EMERGENCIA
(Colección Cigarra #5).

ISBN 9968-9729-7-5

1. Poesía costarricense 1. Título

Hecho el depósito de ley.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro.

ISBN 9968-9729-7-5

© Editores Alambique, San José, Costa Rica, 1993.

© Gerardo Cerdas V.

Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica.

I

*“He tenido muchos amores—dije—
pero el más hermoso fue
mi amor por los espejos”*

Alejandra Pizarnik

I

*Como un niño que por primera vez sucumbe
al asombro del deseo
pongo los pies sobre mi rostro.*

*Entonces caen sobre mí los restos de un tiempo
donde creí alcanzar algo esencial:
en él la muerte baila abrazada con la infancia,
el corazón prosigue
su inevitable afán de utilería.*

*Y ahora, mientras la noche se deshace como un muerto
que los mismos muertos desconocen,
saco de mi lengua un palpitar de espejo
donde la sombra pierde la cabeza,
siento correr sobre la piel un viento
en el que un cuerpo combate aún con mi recuerdo,
esta ciudad de puertas
que un ángel degollado vigila sin saberlo.*

*Y digo mi nombre:
germen en cuya sombra la tiniebla habita
y un ruido como de niños que se marchan
esparce por el camino el miedo a un encuentro
definitivo con la memoria.*

*Beso mis pies y voy marchando hacia un lugar
cuyas presencias ríen ante mí
y celebran mi fracaso bajo el viento.*

II

Yo pensé que al miedo
podía conjurarlo con palabras,
acercarme por ellas a mi rostro
y sonreír a pájaros dementes,
hacer un fuego alto para olvidar
el tiempo justo de morir
y el de cantar
y esta región fangosa de mi piel.

Nadie pasa o permanece por aquí.
Matronas deformes tiemblan
y le dan de comer a un niño gigante.

A quien ha vivido de palabras,
le es dado morir sin ellas.

III

Tal vez sea posible regresar.

Lo primero será cambiar de traje,
ponerme uno al que no manche la sangre
y me otorgue la perversa dignidad de los inocentes.
Desamar lo amado en noches
donde he podido equivocarme.

Luego,
apretar en un rincón mi voz
para buscar el eco con que digo hambre
y me estremezco si queda la habitación a oscuras.

Será un duro viaje, es posible
que acabe en muerte un anónimos atardeceres
hundidos en el fango.

Tal vez, solo tal vez,
no sé si por error, trueque o adivinanza,
pueda algún día habitar de nuevo
la humedad de la mirada,
festejar el advenimiento de mi locura,
y darle siempre buenas noticias a los muertos.

IV

Como si cruzara dos mares revueltos
digo una palabra,
un trozo de mar que se pudre
en esta orilla de la noche.

Es esta la orilla
donde no es posible el amor,
la región de las espinas,
el árido cielo habitado por erizos,
donde la piel
se hunde al tacto del aire y de la arena.

Aquí, donde la noche se funde
con un mar distante,
los caminantes no se atreven a pasar,
y se cuentan leyendas donde fauces
engullen lo que el amor levanta,
vomitan luego en la tormenta

y regresan por fin al borde,
como yo, que intento hacer una palabra
y amanece cargada de espejos,
cuerpos informes y monedas,
diminutos tesoros que le devuelvo
al invisible mar, imaginario mar,
mar agónico derrumbándose
en la piel de la noche.

V

¿Quién llama? ¿Acaso vos, padre,
con tu boca de pescado muerto
y tu asombro siempre inútil ante mis palabras?
Nada quiero decir de nuestras sombras
habituales, ni del espejo espía
que bramaba si andabas cerca,
quizá con dientes, o llenándote de miedo
por mi aliento mentiroso.

No respondo, sigo
trazando impávidas serpientes debajo de la cama,
encaramado en la pared,
viviéndome en las grietas que permanecen
por allí como testigos
de un ángel con insomnio.

Después de todo, bien podemos
hacer un inventario de las cosas halladas,

quizá de lo perdido, materias
que nos ponen acechantes y monstruosos,
vos para mí, yo para tu sombra.
Nada ha cambiado, aunque ya no somos
los mismos: mis palabras
manan astros que nadie recoge,
una mano asoma
y los pone delante tuyo,
inundados, intactos,
para que vos digás lo que haga falta.

VI

El corazón de un niño
se parte contra mi cabeza,
ve la hora y sabe que todavía es tiempo
de perseguir o dejar que huya
el viejo aquél criador de serpientes
que nos dio la vida.

Hemos llorado juntos la mitad
de la noche, vuelto a navegar
en el humo habitual
de nuestras maldiciones y,
para que el día llegue, poblamos nuestra piel
de seres informes que bailan
sobre nosotros, nos traen la cabeza
de algún santo o recuerdo
para aplacar nuestra tristeza.

Porque esto es así: tenemos que cortarle
una mano al viejo aquél

que repta, un ojo cortarle para que
pueda solo llorar la mitad de sus serpientes.
Mientras tanto, traemos doncellas
blandas con las cuales hacemos menos larga
la soledad, transportamos nuestros propios
cadáveres hacia alguna cantina
y nadie sabe que somos un solo cuerpo.

*¡Corazón de mi niño, imbécil!
¿Para qué te partís, cada día,
encaramado al muro alto de mis sueños?*

VII

¿De qué voy a morir?
¿De humo y sangre que ya no puede caminar?
¿De abrazar un maniquí o humedad o cuello que se parte?
¿De enredaderas que suben por mi piel
esta mañana donde fumo aún encarcelado?
¿Y habré de morir conmigo?
¿En el lugar agónico de los elefantes?
¿Transportarán mi cadáver por expreso?
¿Al lugar de mi deseo?

No sé, me digo,
no lo sé.
Pañuelos blancos se agitan
y un ruido de gallos acecha mi voz.
El día del mundo se debate sobre mi piel,
y no lo sé, mendigo,
voz mía no me sirves para nada.

VIII

Caminaré por una enorme galería,
tocando la frente a dragones
que aún gotean sobre el mártir,
evocando la piel fangosa de las doncellas,
sus puertas de doble fondo
que daban a medusa, conejito o vidrio roto.

Sin querer,
iré desviando mis pasos al lugar de los
antepasados ilustres, ése donde vive
escondiéndose la verdad, o bien
a aquel otro que guarda las ruinas del amor.

Días caminaré con sus noches
en el árido espejismo, ayunando,
haciendo oraciones a los dioses del deseo
y, por fin, no sé si roto,
lleno de naufragos y ausencia,

mi piel se hará fuego,
descolgando el último espejo
me echaré a dormir en su lugar, sereno,
dejando al río disponer del tiempo,
seguro de haber alcanzado
la victoria prometida.

IX

Quizá como vos, niña en un subsuelo
sin ventanas, o como vos,
que pasás una y otra vez por el espejo,
he ido perdiendo señales sin que sepa
regresar a aquella imagen que me doy
en mis delirios.

Porque sabrás
que hallaron muerto
y saludando con pañuelitos azules
un brazo mío por ahí,
y por otros sitios mi pierna corriendo
y quizá –es imposible adivinar–
el resto de mi cuerpo sobrevive a golpes
o golpea los días que le quedan por pasar.

Pero con otro cuerpo, desnudo
y flaco sobre el piso de un sótano,

recordaré que fui dichoso y pasé
por el aire libando atrocidades,
y amé lo que estaba oculto,
la forma de un pájaro
que rompió de golpe mi reflejo.

X

Por el espejo pasan días y serpientes,
recuerdos que un viejo acordeonista
ordena en gestos de juguete
para que no salpiquen de mi cuerpo el alma
que saco a caminar por ahí,
sentarla en plazas para que venga
algún desconocido a preguntarle,
decirle dónde quedan las estrellas
y dónde dónde dónde el mar
extraordinario.

Como si fueran a regresar,
días muertos por mi mano asoman
su lengua en el plato, luego
los mastico, porque no quiero verlos pasar
noche o tiempo frente a mí,
llenos de valijas y vagos familiares
traídos al mundo por primera vez.

En todo esto hay algo que lacera,
al tocar. ¿Será esa voz
que ronca y pasa por mis ojos,
devorando,
buscándole sentido
a todo cuanto hay?

XI

Quiero ser palabra en la boca
del condenado a muerte,
tocar la piel hermosa del horror,
ser yo mismo la muerte y degollarlo
con pétalos y caricias.

Quiero vivir en los cuerpos,
en el calor de los cuerpos
que se anudan en la noche del mundo.

Tomaré tu sangre como vino furioso
y viviré con ella.
Tu piel desanudar la viento quiero
y habitarla como oscuro presagio.

Recorreré tu vientre como al país
brumoso de mis sueños,
allí donde hacen la siesta absurdos criminales

y entonces, solo entonces,
tendrás en la sangre la ruindad vanidosa
de haber abandonado el cuerpo entre mis manos.

XII

Me asomo a mi rostro y voy
poniéndole palabras encima,
y le digo adiós al niño que seré,
rencoroso, llenos los bolsillos
de sombra y espejos para asustar a la sombra.

Y que la muerte venga cuando quiera:
ya no quiero andar en bicicleta.
Y que la muerte lllore sobre mí:
azul de terciopelo para su llanto.
Y que la muerte baile todo el día:
mis pies pueden servirle de camino.

Pero quiero morir
mirando mi rostro.

XIII

Vamos a encender tizones
para la carne del corazón,
flores amargas para la carne de mis ojos
y un día bello y animal.
Porque la noche es el silencio,
un grito dichoso entre los golpes del dolor,
y habrán por ella de caminar
las ausencias que seré,
haciendo palabras para que hablen
los que no puedan hablar
y haciendo palabras para que lloren
los que no puedan llorar.

*Y tú, cuyo cuerpo fue hermoso y fragante,
vendrás ya muerta a mis brazos,
e irás diciendo por qué
los cuerpos duelen y se acaban
y por qué no morimos de lluvia
siendo tan húmedo el amor.*

Para ti, que tenías pájaros encima,
vamos a encender la carne de la noche,
y vamos a bailar,
porque después de todo
llevamos en la piel la más bella de las mentiras,
y es preciso alimentarla, como a la sombra
de un animal que parte el tiempo con su llanto.

XIV

La carne quiere romperse
y hacer que nazca una flor:
voraz, llena de sangre.

El corazón quiere gritar y que
salga de él su niño muerto y hermoso.

Un caudal oscuro corre por su costado
y en él habitan pájaros,
alguien se acuerda de un nombre
y lo proclama para horror
de todos los ausentes,
y nada, nadie atiende la carne del corazón,
no el carnicero,
no el bello cuerpo del deseo:
solo esta memoria que grita por ser flor,
esta carne que quiere nacer
en brazos de su niño, muerto.

Pequeño homenaje íntimo

La noche se deshace en alcohol y barbitúricos,
y de una garganta un mago saca clavos de cristal,
postales antiguas donde Ella baila
para despedir a la nostalgia.

Al fondo, un perro ladra interminable
e irrumpe el aguacero
que baja de mis sueños a inundar la habitación,
el corazón habitado de alebrijes
que devoran la cabeza del rey,
el muslo encantador de la reina
asesinada por uno de sus sicarios,
ése que tanto la quería.

Y más allá todavía, muy lejos,
donde aviones gimen bajo el atardecer acuoso,
Ella baila, ríe con paciente severidad
y recoge del suelo un cuerpo
que tal vez conserva las marcas de mi nombre,

algún indicio donde puede arder
el tiempo y arrastrar hacia la piel
un líquido meteoro,
una palabra hecha de lluvia y desenfreno.

Estas palabras

Aquí han visto
los temblores de un loco,
él junta piedras donde nadie los ve,
puños que le arroja
a su amor cuando pasa volando
en medio de sus ojos.

Nada dirá para que puedan escucharlo,
no hará señales para ser encontrado.
Está consigo mismo,
hurga los hilos de un lenguaje
extraordinario donde hacen ronda
los días tristes,
y se queda a esperar el tiempo
justo de cantar, y el de morir,
y ese otro tiempo donde podrá ser otro
habitante al fin de su reflejo.

Aquí han visto cosas indecibles.
Más valdrá, entonces,
que no intenten verlas nuevamente.

La locura es un lugar
del que muy pocas veces se regresa.

II

Dominios

Si me esfuerzo y llanto tal vez pueda volver a caminar, domar una pistola de juguete para matar santos y dragones y llenar un cesto con alguna íntima desolación de sus cuerpos. Mientras camino hacia el centro de aquél bosque arrastro lo que fui, cargo con todos los rostros y villanos que partieron mi infancia en mil pedazos mentirosos. Cuando llegue a ese sitio donde un eco aúlla y bate alas, qué hermoso será cocinar mis días en una gran cacerola, son brujas verdaderas que entran arrepentidas al fuego, sin gritar, ni llanto, apenas un poco de ceniza y un caldo ácido que me recuerda cómo pudo llegar a ser la verdad. Y allí metido, bailar con la muerte llorona en traje de colores, y llevarla al río y enseñarle cómo se usa mi juguete. Después, el día será muy largo, ya no que quedará nada por hacer.

Todo fue infructuoso

¡Sálvate y échate a correr!, le dije angustiado a mi alma. ¡Antes de que salga el sol trayendo en su mano tu cabeza!, le dije, ¡Antes que el espejo se convierta en sierpe y se demore siglos sobre tu cuello!, le dije de nuevo. Pero no quiso, no escuchó. Desde aquel día anda por aquí, comiéndose las hojas que caen de su propia amargura, apedreando al cielo con sus recuerdos de ayer hechos palabra, y cantos tristes donde llegan a morir los niños que nunca conocieron el amor, una vez tras otra, insatisfechos siempre de morir, queriendo acaso ser flor en las hendidias de una ciudad remota, viento que se duerme sin saber su nombre, estanque donde muere el día, la belleza del día, incontables cuerpos o almas del día.

¡Sálvate!, le dije. ¡Antes que caiga sobre ti la noche y su ejército umbroso de cristales!, le gritaba.

Un alma no sabe hacer otra cosa que perderse.

Otros lugares

No en los oscuros partos del corazón, ni en los lugares yermos donde habitan sus criaturas. No en el jardín que extiende la infinita crueldad de mis recuerdos, donde escondí mi rostro de placeres tan variados como mi dolor.

Escucho, atento, el pulso de la noche: como los condenados a muerte, mis sueños esperan el alba sin dormir, atrapando presagios inútiles, haciendo el recuento de las heridas y las caricias y de todo aquello que no se pudo pronunciar.

Escucho: un agua lenta, resonar de estanques interiores, estarse mudo con la lengua atada al mismo tiempo repetido una y otra vez, al silencio que trae palomas sangrientas como en los días bellos de la infancia.

¿Dónde hallaría consuelo? Desde lejos viene un séquito de oscuros emisarios: son los cuerpos que amé, las palabras con que quise arrancarlos de mi tristeza. Por eso, me levanto del

suelo como un animal antiguo, y pronuncio un nombre que solo la muerte puede reconocer: cuerpo roto, amor levantado en mitad del cuerpo, voz con que escribo cuchillo y la sangre brota. Para ellos, digo tizones milagrosos. Los veré romperse como un ciego atado a su lengua, al mundo, a los pies sedientos del mundo.

IV

1

El lugar al que quiero ir no existe.
Las palabras que quiero pronunciar
son insondables.
Y aquí, en este sitio,
la luz sangra opacidades,
mi nombre se mece como un ahorcado,
con la lengua apuntando en todas direcciones.

2

Como si fuera yo mismo,
exhalo un humo denso:
por él llora mi voz, decapitada,
y algunas veces logra sonreír.
Por eso, quiero conocer ese lugar
donde se han vuelto ciegos
todos los espejos,
donde un dios miserable
arrastra los muñones de su antigua plenitud,
o cae, herido de muerte,
a punto de enloquecer.

Mi deseo tiene las manos
manchadas de sangre.

3

¿Alguien conoce ese lugar?
¿Amantes encadenados gritan?
¿Es cierto que aúlla el aire
de llantos que matan sin dolor?
¿El día es largo y se pueden
contar los pelitos a la soledad?

4

Con estas palabras
podría construir dos ciudades,
dar por trono a una mi esqueleto,
a la otra la carne de mi corazón.
Sería posible amamantar un perro
que en las fauces lleve mi cabeza
por calles y por tiempos.
Pero nunca (quiero decir: nunca)
será posible aquél lugar
que me llena de piedras todos
los rincones de la piel.

Porque la muerte
que quiero morir ha muerto.
Las palabras con que lo intento,
son mentira.

V

*“...feliz quien agarre y estrelle
contra la roca a tus pequeños...”
Salmo 137*

Me habito y soy yo mismo
una ciudad. Me recorren centinelas
y puertas abiertas para siempre,
muñecos a los que amé
mientras hacían saltar peces de mi boca.

¿Contra qué muros arrojaré mis niños?
Quiero tocar cítaras amargas
para darles la despedida,
mas los antiguos dioses yacen
como una flor de piedra,
y ninguna sangre sería suficiente sacrificio.
¿Contra qué muros arrojaré mis niños?
¿Qué habitantes nunca vistos
vendrán haciendo llanto desde lejos?

Solo mi mano arde
bajo este cielo sin nadie.

Mi mano, donde vienen a morir
los cuerpos que vivieron conmigo un día.

Me siento sobre el aire
a devorar la imagen de mi amor.

VI

Por mantener en vilo el dolor,
por hacer indoloro el grito,
te daré la carne que cubre la piel
con pájaros homicidas
y este licor furioso que me hunde
cada día en el magro paraíso
que habitan mis recuerdos.

Quizá entonces, comprendas
el delirio casi audible
que me sirve para gritar,
ir haciendo hilos y marionetas
para saludar a la muerte del amor,
el amor yerto sobre la piedra
del cual florece la verdad.

Por hacer indoloro el grito,
por mantener en vilo el dolor,

te daré mi garganta llena de cristales,
y un nombre lluvioso
que recoja del suelo mi sangre.
Después,
podrás hacer con mi cuerpo lo que quieras.

VII

*Tal vez porque habitaste una región
en donde el fuego oculta su lenguaje entre la piedra,
sabes que el deseo pone un cerco sobre la piel,
y llamas todo el día para que venga tu reflejo
a construir un rostro con tacto demoledor,
fatalmente seguro de estar edificando en el vacío.*

*Sabes que la sombra tiembla
como un animal agonizante,
te envía sus demonios unguados de belleza.
Es imposible ya evocar la humedad:
un párpado se cierra y despliega el miedo
como una mano.*

*¿Qué hiciste con la voz sino arrancarte ausencias?
¿Qué hiciste con la palabra sino olvidar tu cuerpo?*

*Ahora tu mirada testifica
lo que la muerte hablaba con tu sombra.*

ÍNDICE

I.....	9
II.....	11
III.....	12
IV.....	14
V.....	16
VI.....	18
VII.....	20
VIII.....	21
IX.....	23
X.....	25
XI.....	27
XII.....	29
XIII.....	30
XIV.....	32
PEQUEÑO HOMENAJE ÍNTIMO.....	33
ESTAS PALABRAS.....	35
DOMINIOS.....	39
TODO FUE INFRUCTUOSO.....	40
OTROS LUGARES.....	41
IV.....	43
V.....	47
VI.....	49
VII.....	51

Impreso en los talleres de
Impresos Ferlini
San José, Costa Rica
en el mes de julio de 1997
su edición consta de 300 ejemplares
numerados y firmados por el autor
en papel Bond 20 libras con portada en papel banano.